

## La conyuntura internacional: cuatro versiones\*

Las fases de cambios profundos, de tiempos turbulentos, tiene una particularidad bien conocida, que recuerda algunos fenómenos de la naturaleza. Se van gestando gradual y progresivamente, pero los indicios y advertencias del proceso —que no escapan a los observadores más agudos o experimentados— no bastan para anticipar la forma y la fuerza con que culminará y menos aún sus proyecciones. De este modo, en el momento de la erupción, siempre hay sorpresa, confusión, a veces pánico y también esfuerzos denodados por comprender lo que ha pasado y afrontar adecuadamente la nueva situación. Es lo que ha ocurrido con el estado actual de turbulencia internacional.<sup>1</sup>

### 1. OBSERVACIONES PRELIMINARES

En los últimos meses se ha acentuado el interés por la fisonomía y los cursos probables de la presente situación internacional. Son múltiples los puntos de vista, y numerosos los aspectos que se examinan<sup>2</sup>. ¿Es el sistema capitalista —o cualquier variante de sociedad industrial— lo que está en juego? ¿Se verán despejados los obstáculos externos que habrían entorpecido el desarrollo de los países de menor ingreso? ¿Estamos en vísperas de un nuevo esquema de relacionamiento internacional? O más bien: “¿qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Y nada hay nuevo debajo del sol?”

El alcance de este trabajo es limitado. Trátase de un esbozo de motivos y temas que aún precisan paciente estudio. La primera parte pretende caracterizar, en líneas gruesas, el desenvolvimiento del sistema económico internacional durante los 25 años de la posguerra; en la segunda se examinan algunos acontecimientos críticos que dieron forma a la coyuntura de hoy. Con base en estos elementos se presentan

\*El autor agradece las observaciones críticas que recibiera del Lic. Gert Rosenthal y del Dr. Arieh Erez. La responsabilidad por el texto es, desde luego, personal.

<sup>1</sup>CEPAL, *Estudio Económico de América Latina, 1973*, E/CN. 12/974/Rev. 1, septiembre de 1974, pág. 1.

<sup>2</sup>Véase, por ejemplo, H. Schmidt, “The Struggle for the World Product”, *Foreign Affairs*, abril 1974; “¿Quién sobrevivirá a la depresión?”, *The Economist*, reproducido en *Comercio Exterior*, vol. 25, número 1, enero 1975; y G. Barraclough, “The Great World Crisis”, *The New York Review of Books*, January 23, 1975.

cuatro interpretaciones diferentes de la situación internacional de las cuales fluyen implicaciones desiguales para diversos tipos de países.

El autor se abstiene, deliberadamente, de "señalar soluciones". Carece, para ello, de audacia. Sensibilizar al lector en relación al espectro de posibilidades y peligros que encierra la coyuntura internacional es aquí su único objetivo.

## 2. EXPANSIÓN Y CONFLICTO: EL TRAMO 1945-1970

Antes de examinar algunos de los elementos más sobresalientes que configuran la presente situación económica internacional, es conveniente evocar ciertas tendencias que hubieron de caracterizar, en forma general, el desenvolvimiento de la economía mundial en los veinticinco años inmediatos a la posguerra. No es un ejercicio estéril. La perspectiva histórica de los problemas de hoy contribuye a la comprensión más amplia de los mismos al paso que ofrece algunas señales sobre las direcciones que podrían tomar.

Algunos estudios de la CEPAL hicieron intentos retrospectivos que nos son aquí útiles<sup>3</sup>. Aquellos concluyeron que la dinámica expansión del comercio internacional representaba el fenómeno más notable de la posguerra. El fenómeno habría fluido de la conjunción afortunada de varios factores: la puesta en marcha, en los países industrializados del sistema capitalista, de nuevos mecanismos de política económica que se habrían despegado de los criterios conservadores de la posguerra; la profunda diversificación de las pautas de consumo, sostenidas por el firme incremento del ingreso y la compleja manipulación de las comunicaciones colectivas; el efecto difundido de ciertas ondas de innovación tecnológica que se habían gestado en el previo contexto bélico (electrónica, química, plásticos, ingeniería, aeronáutica); y, en fin, la gradual aparición de empresas transnacionales que, simultáneamente, agilizaron los movimientos de capital, animaron la investigación aplicada, y fortalecieron los nexos entre los sistemas industriales. Empezaron a poner en entredicho, además, el concepto y la autonomía del Estado-Nación.

Esta expansión comercial no tuvo ritmos ni incidencias similares en el conjunto económico internacional. Marcadamente tendió a favorecer, en forma más que proporcional, a los países de base productiva amplia, que arrastraban consigo las ventajas acumuladas en la preguerra. En términos del crecimiento y magnitud del producto por

<sup>3</sup>Véase, por ejemplo, Naciones Unidas, *Estudio Económico de América Latina*, 1971, E/CN. 12/935/Rev. 1, agosto 1972.

habitante, de la participación relativa en el comercio mundial, del volumen de exportaciones industriales, y de la distribución de las corrientes de inversión de capital privado, las tendencias anunciaban la polarización de la dinámica mundial.

En otras palabras, los ordenamientos postbélicos consolidaron de hecho la división internacional del trabajo entre países productores de materias primas y de productos agrícolas y las economías industrializadas. Esta particular configuración de las relaciones internacionales contrastaba, por una parte, con las difundidas esperanzas de remover los obstáculos externos que entorpecían el desarrollo de las naciones de menor ingreso; por otra, con el acelerado proceso de descolonización en importantes áreas del mundo y el incipiente surgimiento de nacionalismos económicos. Estos contrastes gestaron tensiones que habrían de cristalizar en los años siguientes.

En paralelo, la fisonomía de los centros industriales venía alterándose. Declinó la preeminencia de los Estados Unidos en el producto, el comercio y, en ciertos campos, en la aptitud tecnológica. El resurgimiento de Europa y del Japón, por un lado, y el peso creciente de las economías socialistas, por el otro, causaron una compleja diferenciación de los núcleos industriales más avanzados. Cabe advertir, sin embargo, que esta multipolaridad no excluyó procesos de convergencia. Por el contrario, éstos se acentuaron merced a un régimen singular de división del trabajo, cimentando en altos niveles de ingreso y producción y en intereses políticos coincidentes, al menos en términos globales. Ya se verán expresiones de la creciente entente entre las sociedades industriales. Desde otro punto de vista, se produce en este lapso una transferencia masiva de fondos públicos hacia países de incipiente y promisoría industrialización. Cálculos de la "guerra fría" presidieron en buena medida el otorgamiento de esta asistencia en términos concesionales.

En el interior de las sociedades industrializadas ocurrieron transformaciones sustanciales. Se hizo más equitativa, por una parte, la distribución del ingreso y de la riqueza, principalmente como resultado de la consolidación de mecanismos institucionales y políticos que contrabalancearon en alguna medida las tendencias concentracionistas de esos sistemas económicos. En paralelo comenzaron a difundirse críticas penetrantes a las teorías y prácticas del crecimiento *tal como* fueron concebidas en las economías de mercado. Se pusieron de relieve, en particular, los impactos ambientales negativos y la pronunciada ineptitud de aquellas prácticas para alterar las desigualdades entre las naciones.<sup>4</sup>

<sup>4</sup>La crítica económica, inspirada en la destrucción de la ecología, tiene múltiples aspectos. Véase R. L. Reilbrow, *The Human Prospect*, W. W. Norton and Co., New York, 1974.

Distinta fue la configuración de los países en desarrollo. A la convergencia creciente de los países industrializados del sistema capitalista se vino a contraponer el debilitamiento de los nexos comerciales y financieros entre los núcleos centrales y periféricos. Esto no significó, como ya se dijo, la reducción de la dependencia pertinaz de los últimos en relación a los primeros. Más bien revistió nuevas formas, principalmente por la vía de las corrientes financieras y de los flujos de tecnología. Por otra parte, las inversiones extranjeras directas tendieron a concentrarse en los sectores industriales dinámicos aportando, además del recurso financiero, el conocimiento tecnológico. Se ampliaron en consecuencia los pagos por este último concepto, en proporciones que en algunos casos superaron el 6 por ciento del valor de las exportaciones. A ello cabe agregar el deterioro relativo de los términos del intercambio, problema secular de las economías subdesarrolladas.

Esté cuadro externo vino a inhibir la superación de obstáculos que yacían en el interior de los países, en especial los bajos niveles absolutos de ingreso, la distribución desigual del mismo, el carácter fragmentario del aparato productivo y los efectos negativos del rápido incremento demográfico en los recursos, en la acumulación de capital y en los mercados de trabajo

Cabe agregar que fueron débiles los dispositivos mancomunados de defensa que hubiesen podido poner en vigor los países de menor ingreso relativo. Es más, se acentuó la diferenciación entre ellos. En cuanto al producto total, las ventajas de América Latina respecto a Asia y África se ampliaron considerablemente; se redujo, en contraste, el aporte latinoamericano a las exportaciones mundiales. Aparentemente la transición hacia pautas de industrialización sustitutiva explicaría ambas tendencias.

En suma, en el período 1945-1970 mejora considerablemente el funcionamiento del sistema económico internacional, mas no se producen cambios de fondo. En un marco de expansión generalizada del comercio y de los flujos de inversión se acentúan las tendencias hacia la polarización y la dependencia externa. Los países más afectados por estas circunstancias —y entre ellos los latinoamericanos— toman medidas encaminadas a reducir los efectos adversos que entrañaba ese orden de cosas mediante el fomento de esquemas de industrialización sustitutiva, el robustecimiento de las instituciones del sector público, y el ejercicio más activo de la política económica y social. Los logros en este campo fueron limitados. Siguió en pie un esquema de relacionamiento internacional que amplificaba —aunque no, por fuerza, causaba— la gravitación de los obstáculos internos al desarrollo.

En la situación descrita ya germinaban factores de inestabilidad

y confrontación. Las insuficiencias del sistema monetario-financiero internacional establecido hacia el final de la guerra no se podrían soslayar. Fueron puestas al descubierto precisamente por la diferenciación y la prosperidad de los núcleos industriales, al menos en aquel contexto. Se tradujeron, por otra parte, en presiones inflacionarias, sin revestir, empero, la intensidad que cobrarán más tarde.

Por otra parte, se producían cambios en el ámbito político. El número de Estados independientemente —en términos formales, al menos— se triplicó en este período. Pero los esquemas institucionales no absorbieron esta nueva y tal vez incómoda realidad.

Pesaban, por añadidura, las crecientes disparidades entre los ritmos y niveles de desarrollo en diferentes partes del mundo. En el largo plazo —hoy lo empezamos a ver con claridad— el fenómeno pondría en tela de juicio la estabilidad y la legitimidad del orden internacional de la posguerra. Tarde o temprano cristalizarían posturas favorables a las economías primarias-exportadoras, cuya importancia para el desenvolvimiento de sectores estratégicos de los países industriales era indudable. Se vislumbraba, en otras palabras, que la clásica división internacional del trabajo divergía del rumbo que parecían fijar nuevas realidades internas e internacionales.

### 3. ESPEJISMOS Y TENSIONES: 1970-1974

Dos elementos del análisis anterior merecen especial atención. El primero se refiere a la sostenida expansión del producto y del comercio mundial desde la posguerra, fenómeno que venía a contrastar con la modesta capacidad de ajuste que revelaron los esquemas institucionales establecidos en ese período. Dicho de otra manera, el sistema económico internacional adquirió grados crecientes de complejidad, al paso que las instituciones y las concepciones de la preguerra no experimentaron cambios significativos.

Por otra parte, junto a las tendencias hacia la cooperación internacional —que se tradujeron en asistencia concesional de magnitud sin precedente— principiaron a aparecer expresiones de confrontación y divergencia, particularmente entre países de desigual desarrollo. Ya sea porque los efectos benéficos de esa asistencia venían siendo neutralizados por otras formas (no públicas) de transferencia de recursos —y aquí el papel de las transnacionales fue significativo— o ya sea porque las pautas de cooperación fueron insuficientes en relación a la magnitud de los problemas internos que presentaban economías secularmente deprimidas, se difundió en todo caso la convicción, en

algunos países subdesarrollados, de que el tránsito hacia la modernización económica estaría condicionado por alteraciones radicales en el sistema internacional.

En este trasfondo —expansión y diversificación estructurales, apenas reflejados en los esquemas institucionales, por un lado, y por otro, tendencias contradictorias en materia de cooperación internacional— aparecieron otros factores que determinaron la fisonomía de la economía mundial en el tramo 1970-74. Cuatro de ellos, interrelacionados entre sí, tienen particular importancia: la elevación transitoria del precio de algunas materias primas; el brusco y significativo encarecimiento del petróleo, de ciertos alimentos básicos, y de los fertilizantes; la rápida difusión de tendencias inflacionarias por el lado de los costos, y la contracción relativa de algunas economías avanzadas.

Las tendencias expansivas de la economía mundial que caracterizaron el período de posguerra y, en particular, el reordenamiento monetario ensayado en 1971 por parte de los países industrializados produjeron una vigorosa demanda de bienes básicos en los dos años siguientes. En términos generales, las economías subdesarrolladas de exportación se beneficiaron considerablemente de este impulso. Fueron mitigados algunos déficits del pasado y, en algunos casos, se amplió la disponibilidad de reservas. Pero estas tendencias no se mantuvieron, salvo respecto del petróleo, de los alimentos básicos (granos y azúcar) y de los fertilizantes. Los países que carecen de estos productos se vieron así enfrentados a problemas graves de abastecimiento y financiamiento.

Los desequilibrios en los mercados de alimentos tuvieron un impacto significativo, especialmente en países que ya acusaban niveles pronunciados de desnutrición. Las causas del fenómeno son complejas. Algunas tienen antecedentes en los cincuenta, cuando el volumen de producción de alimentos en los países subdesarrollados quedó a la zaga de la demanda. El déficit fue satisfecho por Estados Unidos, Canadá y Australia, que contaban con suficientes reservas de granos. Pero se presentaron nuevas circunstancias en el período 1971-73, que afectaron negativamente la oferta mundial de alimentos. En primer lugar, Estados Unidos modificó la política agrícola de carácter proteccionista, que había instrumentalizado en años anteriores. Los niveles de producción y las reservas comenzaron, en consecuencia, a reducirse. Por otra parte, se produjeron desastres naturales en vastas regiones del globo (la Unión Soviética, China, India, Pakistán) que contrajeron la disponibilidad de alimentos. En 1972, Estados Unidos decidió vender granos a Rusia y China en una escala sin precedente, y con ello acentuó la insuficiencia de las reservas tanto a nivel nacional como internacional. Como resultado, los precios de los alimentos

básicos se elevaron rápidamente, hecho que perjudicó a países con débil capacidad de compra y dependientes del abastecimiento externo de estos productos.

Los efectos negativos de esta situación fueron reforzados por el brusco encarecimiento del petróleo, a mediados de 1973. Como en el caso de los alimentos, también en el mercado del combustible gravitaron factores de diversa índole. Uno de ellos se refiere a la transformación de los Estados Unidos —principal consumidor de petróleo en el mundo— de país exportador a importador, en la década de los cincuenta. Si a este hecho se suma la demanda sostenida y creciente del combustible a nivel mundial se comprenderá la importancia que principiaron a tener algunos países subdesarrollados productores de petróleo. Y, en fin, algunos acontecimientos militares y políticos en el Medio Oriente vinieron a fortalecer la cohesión de los países agrupados en la OPEP, creándose condiciones para alterar sustancialmente el precio del petróleo.

Estos hechos influyeron a su vez en los mercados de ciertos insumos estratégicos, principalmente el de los fertilizantes. Es claro que de la conjunción de los tres elementos mencionados —alimentos, petróleo y fertilizantes— fluyeron presiones inflacionarias en los centros industriales que coincidieron, en algunos casos, con tendencias recesivas.

Pero la incidencia de esta combinación de circunstancias se hace sentir particularmente en las economías subdesarrolladas que carecen de recursos estratégicos. Los nuevos precios de los alimentos y del combustible elevan sustancialmente el valor de las importaciones, que difícilmente aquellas pueden pagar debido al retraimiento relativo de la demanda de los productos básicos. La apreciable reducción de la ayuda concesional en favor de estos países viene a ensombrecer aún más el contexto externo en el cual están insertados.

En otras palabras, se empezaron de nuevo a presentar —y esta vez con intensidad singular— estrangulamientos externos que ponen en tela de juicio la viabilidad de las economías afectadas. Trátase de una amenaza que no se limita a aspectos comerciales o financieros, ni podría ser mejorada en el corto plazo. Forma parte de una coyuntura internacional compleja, que admite interpretaciones y rumbos contradictorios.

#### 4. LA COYUNTURA INTERNACIONAL: CUATRO VISIONES

El análisis de las tendencias más recientes que presenta el sistema económico internacional ha generado una copiosa literatura. No podría ser de otra manera, considerando la complejidad e importancia

del tema. Sin duda, ordenar este abundante material es tan difícil como necesario: apunta hacia direcciones desiguales, aunque revela también coincidencias. Una de estas últimas, por ejemplo, pone de relieve la marcada y creciente interdependencia de los fenómenos económicos y sociales, entre ellos y a través de los sistemas nacionales y regionales. Otra indica que de la situación presente —impregnada de incertidumbre— pueden gestarse ordenamientos que afectarán la evolución de la economía mundial en las próximas décadas. Finalmente, se coincide en señalar que los efectos negativos de corto plazo se manifestarán con particular intensidad en las economías subdesarrolladas importadoras de petróleo, entre las cuales se cuenta por cierto la mayoría de las latinoamericanas.

Lecturas selectivas<sup>5</sup> del material atinente a estas cuestiones han llevado a identificar cuatro visiones diferentes de la coyuntura internacional. Por supuesto, no son las únicas que es dable imaginar. Tienen la virtud, sin embargo, de ajustarse a los propósitos que aquí se persiguen. Cabe insistir: compleja es la tarea de interpretar los signos de la coyuntura actual y es difícil anticipar sus rumbos. Sin embargo, es también necesario esbozar ideas que ordenen de una manera razonablemente significativa el acervo abrumador de datos e impresiones.

En las interpretaciones hay puntos de confluencia: los fenómenos de contracción y desequilibrio en los principales centros industriales; la rápida transferencia de recursos que viene teniendo lugar entre los países de la OECD y de la OPEP; las penurias previsibles de los países subdesarrollados importadores de petróleo; los esfuerzos en favor de un nuevo orden económico mundial, y las incertidumbres con respecto al futuro. Difieren, sin embargo, en el alcance de los problemas que señalan, en el significado que les atribuyen y en las soluciones vislumbradas.

<sup>5</sup>Estas cuatro interpretaciones se apoyan en las contribuciones de varios autores. En rigor, éstos no se abanderan en plenitud con las visiones presentadas, pero han suministrado elementos para esbozarlas. Entre los trabajos consultados cabe mencionar G. Barraclough, "The Great World Crisis", *The New York Review of Books*, January 23, 1975; H. Schmidt, "The Struggle for the World Product", *Foreign Affairs*, April 1974; G. Pollack, "The Economic Consequences of the Energy Crisis", *Foreign Affairs*, April 1974; R. F. Mikesell, "More Third World Cartels Ahead?", *Challenge*, November-December 1974; A. Parker, "Living with Oil at \$ 10.00 per Barrel", *Challenge*, January-February 1975; D. Yergin "The Economic, Political, Military Solution", *The New York Times Magazine*, February 16, 1975; P. Desprairies, "Le pétrole et son prix: Le problème des échanges", *Revue de l'Institut Français du Pétrole*, vol. XXIX-4, 1974; I. F. Stone, "War for Oil?", *The New York Review of Books*, February 6, 1975; Khodadad Farmanfarmanian et al., "How can the World Afford OPEC Oil?", *Foreign Affairs*, January 1975; H. Chenery, "Restructuring the World Economy", *Foreign Affairs*, January 1975; Declaración de Cocoyoc, *Comercio Exterior*, enero 1975; CEPAL, *Estudio Económico Anual*, 1973.



*"Es una aberración"*

La primera visión reconoce, a igual que las otras, que los centros industriales del sistema capitalista están padeciendo una contracción relativa de sus economías, hecho que sin duda contrasta con las tendencias expansivas que las habían caracterizado en las décadas de los cincuenta y sesenta. A partir de 1974 se advierten signos de estancamiento relativo, y en algunos casos, de franco descanso de las tasas históricas de crecimiento, a las que se suman desequilibrios inflacionarios que acusan una intensidad sin precedentes desde la posguerra. La caída de los niveles de inversión y empleo acompaña, por añadidura, los fenómenos anotados. Este cuadro depresivo habría sido determinado por factores reales, psicológicos y monetarios, como, por ejemplo, la participación decreciente de Estados Unidos en el comercio mundial, el brusco encarecimiento del petróleo y de los alimentos básicos, las devaluaciones reiteradas del dólar, y los movimientos financieros de carácter especulativo.

Pero este punto de vista señala, en contraste con otras percepciones del problema, que los fenómenos mencionados constituyen más bien desviaciones transitorias de una tendencia expansiva de largo plazo. El cauce normal sería retomado en la medida en que se pongan en vigor políticas que concertadamente apunten hacia la liberalización del comercio mundial, la contención del consumo de petróleo, la búsqueda de nuevas fuentes energéticas, y el ordenamiento de los mercados financieros. En otras palabras, los países industrializados lograrían recuperar el dinamismo merced a la puesta en marcha de medidas de carácter defensivo y ofensivo. El esquema coloca el acento en el incremento de las ventas a los países productores de petróleo, en la reversión, con márgenes razonables de seguridad, de los flujos financieros y en la negociación concertada de los países consumidores, mediante la Agencia Internacional de Energía (AIE) o cualquier otro mecanismo equivalente.

No se desprecian las dificultades inherentes a la aplicación de estas políticas, pero se confía en la capacidad de ajuste y de maniobra de los centros industriales. Más aún, se postula la incontestable capacidad de disuasión militar para uniformar ordenamientos si la urbana negociación fracasa.

Por supuesto, es menester reformular a la brevedad las relaciones comerciales y políticas con los países productores de petróleo, pero según esta tesis, no cabe exagerar la fuerza de éstos. En el corto plazo, los miembros de la OPEP están animados —y también inhibidos— por el interés prioritario de mantener la estabilidad del sistema capitalista. Esta inclinación fundamental se traduciría en el uso limitado

de la liquidez que han adquirido, en la tolerada absorción de pérdidas por erosión relativa de las monedas que reciben por el petróleo, y en la compra de bienes manufacturados —incluyendo armas— que han encarecido desproporcionalmente. En un plazo mayor, el poder de la OPEP se vería amenazado por tres circunstancias: descenso del consumo del petróleo merced a política de conservación, hallazgos de nuevas fuentes, y la transformación estructural de los componentes energéticos, factor que desencadenaría ciclos de innovación tecnológica que pondrían en indisputable delantera a los centros industriales.

Los países de la OPEP mejorarían, en cualquier caso, sus niveles de ingreso; en algunos de ellos despuntarían señales de un promisorio desenvolvimiento industrial. Pero la cartelización de los productos de petróleo no tendría seguidores. Más aún: se acentuarían las divergencias entre los países periféricos.

Según esta tesis, las economías subdesarrolladas desprovistas de petróleo encararían graves penurias en diversos frentes: balanza de pagos, mercados de exportación, y nivel interno de actividad y precios. Pero no se precipitarían necesariamente al colapso. Saldrían en su ayuda diversos mecanismos financieros de contingencia (el *oil facility* del FMI, el Programa de Emergencia de las Naciones Unidas, el Fondo de la OECD, arreglos bilaterales con países petroleros, y, si es preciso, la “triangulación” selectiva o “reciclaje” de recursos financieros). La recuperación, en el mediano plazo, fluiría de la renovada actividad de los países económicamente avanzados.

La presente situación internacional sería, en suma, un episodio no desprovisto de tensiones, que en último análisis impulsaría, sin embargo, las fuerzas expansivas de las economías de mercado. Este resultado no se alcanzaría espontáneamente; surgiría de negociaciones arduas que oscilarían entre la confrontación y el compromiso. Pero en esencia se regresaría al orden de cosas que había prevalecido en el período 1945-1970, con algunas variaciones que no habrán de alterar significativamente el esquema de relacionamiento entre el núcleo de países industrializados y los de la periferia.

### *“Llegó nuestro turno”*

La segunda visión se apoya en el espíritu y la letra de diferentes declaraciones suscritas por la comunidad internacional en favor de un reordenamiento más equitativo de las relaciones económicas<sup>6</sup>. Estas

<sup>6</sup>Por ejemplo la Resolución 3201 (S-VI) y 3202 (S-VI) tomada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en relación al establecimiento de nuevo orden económico internacional. Apunta en el mismo sentido la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, adoptada por la Asamblea General de diciembre de 1974.

aspiraciones tendrían hoy posibilidades reales de materializarse, debido a las presiones concertadas que los países de la periferia vienen ejerciendo en diferentes foros regionales e internacionales y, en forma muy particular, por el éxito alcanzado por los miembros de la OPEP. Se sugiere, en otras palabras, que las acciones de los productores de petróleo no sólo entrañarían el mejoramiento de la relación de intercambio para aquéllos; podrían difundir e implantar pautas de cartelización o al menos de comercialización y negociación que se traducirían a la postre en un nuevo orden mundial, que firmemente alentaría el progreso material de países secularmente marginados. No se desprecian los riesgos que involucra esta elección; pero se confía que los países capitalistas industrializados, precisamente porque temen el colapso económico, se avendrían a aceptar fórmulas de compromiso que habrán de remodelar las bases de la convivencia internacional.

Dicho de otra manera, la presente confrontación económica entre países desembocaría en el fortalecimiento de las pautas de cooperación e interdependencia en el plano internacional, con base en una distribución más equitativa del ingreso, la riqueza y el poder.

La factibilidad de esta visión no se sustenta sólo en consideraciones morales y económicas. La difusión del armamento sofisticado —atómico y biológico— daría peso a estas aspiraciones. Detrás del "nuevo orden" estaría la multipolaridad militar.

Esta visión tiene particular interés para los países del área. Coincide con su firme aspiración a reducir la dependencia de los impactos externos mediante la estabilización de los mercados de productos básicos y la diversificación interna de las economías. Favorece en cualquier caso las perspectivas de desarrollo en el largo plazo. Sin embargo, no sería prudente albergar expectativas exageradas acerca del ritmo con que se materializaría esta visión. Podrían producirse acontecimientos que den al panorama internacional una estampa diferente, e inclusive contrapuesta, a la esbozada.

### *"Ascenso y marginalidad"*

La tercera tesis puntualiza que al lado de fenómenos de signo presumiblemente transitorio —como la contracción y las tensiones inflacionarias— se advierten otros de significativo alcance. Ejemplos: la transferencia masiva de recursos financieros hacia los países petroleros, el planteamiento incisivo de ciertas aspiraciones por parte de países subdesarrollados (en particular, defensa de los recursos naturales y logro de mercados estables para los productos básicos), la acelerada diversificación de las bases productivas de estos últimos, su marcado ascendente en foros internacionales, y la impostergable

reestructuración del sistema monetario. Dicho en otros términos, se precisa una remodelación del orden internacional tomando en cuenta: i) fenómenos económicos que reflejan "la lucha por el producto mundial"; ii) fenómenos políticos que resultan de peculiares procesos de modernización que se produjeron en países cuya descolonización no se había completado. La confluencia de estas complejas circunstancias —que en modo alguno tienen resonancia episódica— alteraría la fisonomía de las relaciones internacionales abriendo paso a una nueva jerarquización de países, sin mellar, empero, la estabilidad del sistema capitalista. Este estaría llegando a un grado de desarrollo económico y tecnológico que le permitiría tolerar —y acaso auspiciar— nuevas pautas de distribución del trabajo y la riqueza que, satisfactorias para las economías subdesarrolladas de hoy, representan a la postre un mecanismo de preservación e integración del sistema mundial. La coyuntura daría a luz, en suma, nuevos arquetipos de relacionamiento entre los centros y las periferias; el eje de este reacomodamiento residiría en los miembros de la OECD y de la OPEP; y los países secularmente vulnerables verán en juego su viabilidad. Entre éstos se contarían algunos latinoamericanos, africanos y asiáticos, que se ubicarían en las últimas capas de esta nueva estratificación internacional.

En cuanto a la salida de los problemas, esta tesis apunta la necesidad de poner en marcha acciones concertadas que pueden surtir efectos negativos en el corto plazo, pero que, en última instancia, abrirán el cauce de un nuevo ciclo de expansión. Hay que insistir: se postula la toma de medidas fiscales y monetarias para superar los problemas de corto plazo, al tiempo que se produce una acelerada transformación estructural de los centros industrializados. El proceso será acompañado por mutaciones en el contenido y procedimientos del comercio internacional con arreglo al relativo poder de negociación que adquieran ciertos países hoy periféricos, merced a la transferencia de recursos financieros. Con base en estas premisas, podría predecirse la reducción sustantiva de la ayuda pública internacional y el carácter paliativo de los mecanismos contingenciales de financiamiento externo. Graves dilemas se presentarían a las economías subdesarrolladas de exportación que, a causa de su desmedida vulnerabilidad y dependencia, no participarán en la formulación de las nuevas reglas de juego. Los países de la OPEP, en suma, se transformarían en naciones de poder intermedio, más cercanas a los intereses de largo plazo de la sociedad industrial que a los de países duramente castigados —y marginados— por la triple crisis del petróleo, los alimentos y el financiamiento público externo.

*"Es el apocalipsis"*

La cuarta visión tiene alcances más amplios. Apunta que los sucesos de hoy evidencian la quiebra de todos los ordenamientos —financieros, económicos, políticos y militares— establecidos en la posguerra. Estancamiento e inflación representarían, desde este punto de mira, manifestaciones fragmentarias de una concurrencia de crisis que involucran por fuerza el reordenamiento de los nexos internacionales y de las pautas de desarrollo.

Entre los fenómenos monetarios y financieros se destacan el desligamiento del dólar del oro, los regímenes de flotación, los movimientos transnacionales de capital, las bruscas variaciones de las tasas de interés, y la transferencia de petrodólares. Entre los económicos: la formación de grandes conglomerados regionales, las variaciones en la composición y actores del comercio internacional, y el encarecimiento del petróleo y de los alimentos básicos. Entre los políticos: el ascendiente de países de menor ingreso en foros internacionales, el difundido lenguaje de confrontación, la cartelización de ciertos productores de materias primas, y la propagación de ideologías que ponen al descubierto las insuficiencias operacionales y éticas del sistema industrial. Entre los militares: la difusión de armamento sofisticado, variaciones geográficas de los centros y vacíos de poder, el "equilibrio del terror" que admite, sin embargo, alteraciones tácticas, y la aparición de doctrinas de disuasión que ponen en tela de juicio consideraciones geopolíticas convencionales.

Esta visión sugiere que la crisis de energéticos simplemente apresuró la confluencia de los fenómenos anotados. De aquí que el panorama internacional no se tornaría menos problemático si el orden de magnitud de las transferencias de petroleros se redujera en alguna medida<sup>7</sup>. Ni las medidas correctoras pueden limitarse a nuevos regímenes monetarios, financieros y comerciales. Hay que ir más lejos. Más que la lucha por el producto mundial lo que estaría en escena es la declinación del sistema industrial conformado desde la posguerra. El ascenso financiero de ciertos países subdesarrollados, animado por un espíritu de "revancha por el siglo XIX", llevaría a modificar la presente estructuración del poder económico, militar y político. De aquí la relevancia de preguntas como ¿estará despuntando una tercera revolución industrial que involucra nuevos ciclos de crecimiento de largo plazo y de relacionamiento internacional? ¿Es la víspera de una serie de confrontaciones y reajustes que modificará la aritmética en

<sup>7</sup> El orden de magnitud oscila entre aproximadamente 650 y 250 mil millones de dólares, para el período 1974-1980. Se ha reducido en los últimos meses.

los foros internacionales y, principalmente, la geografía económica y política? En uno o en otro caso —si no en ambos— ¿de qué manera serán afectados países desarrollados y subdesarrollados?

#### RECAPITULACIÓN

Estas visiones no pretenden captar en términos definitivos la turbulenta coyuntura internacional. Representan apenas puntos de mira alternativos de carácter fragmentario y acaso simplista. Pero responden a la necesidad de contar con algún marco de referencia y de análisis para ordenar de una manera significativa los elementos tan dispares del presente escenario mundial. Las visiones esbozadas tienen un común denominador: la presente coyuntura internacional presenta múltiples factores de tensión e incertidumbre que afectan, en particular, a economías que no cuentan con productos básicos estratégicos; dependen marcadamente del comercio internacional, especialmente en cuanto al abastecimiento de bienes de capital, alimentos y ciertos insumos fundamentales; y presentan, por añadidura, limitada capacidad para adaptarse con prontitud a nuevas situaciones.

Y otro más: es el sistema de valores que impregna la cultura occidental de hoy lo que está en tela de juicio. Aun si cristalizara la primera tesis, el mundo ya no sería igual. Despunta una nueva época. Y la tragedia se repite: los hombres y sus instituciones han quedado a la zaga de las realidades que aquéllos y éstas han forjado, con los clásicos materiales de la inocencia y la malicia.